

EL Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 13 DE JULIO DE 1862.

NUM. 140.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Vista de la cubierta de la fragata de hélice *Princesa de Asturias*.—Crucifixion de los Mártires del cristianismo en el Japon.—Retrato del V. P. Rodríguez, misio-

nero del Japon.—Retrato de Greffard, Presidente de la República de Haiti. Texto.—Crónica de la semana.—Imperio Otomano.—Los poe-

tas de la India antigua.—Sobre el carácter peculiar de la nacion española.—Ensayo sobre el carácter y costumbres de las mujeres.—El naufrago del Riff.—Poesía.—Curiosidades.—Sueños.—Novela.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.

A noticia oficial del reconocimiento del reino de Italia por parte de la Rusia, es el gran tema en que los hombres políticos del vecino imperio ejercitan su perspicaz inteligencia.

Plácense en contemplar el gran peso que á los futuros destinos de Italia dará este acto del Gobierno ruso, y como suponen que el Gabinete de Berlin no tardará en imitar en este particular al de San Petersburgo, ven con alegría próximo á realizarse el pronóstico que hace tiempo habian aventurado respecto de que la Italia satisfecha habia de ser un elemento esencialmente conservador.

De estas deducciones pasan los políticos á examinar con atencion la marcha que desde la guerra de Oriente parece francamente adoptada por el Gobierno moscovita, y remontándose á ulteriores consecuencias, ven brillar dias plácidos, dias de grande expansion de intereses materiales, dias de amor y de absoluto equilibrio.

Pero entre tanto, en medio de ese coro de beatitud no se adormece

seguramente la vigilancia, ni se apagan los hornos de Wolwich, ni se interrumpe el martilleo de Tolon.

Esperábase noticias de Méjico para el día 12. Segun las publicadas por la *Patrie* no puede dudarse que las tropas francesas acantonadas en Orizaba seguan en un estado satisfactorio.

El *Moniteur de l'Armée* da cuenta de promociones hechas en el personal de aquel cuerpo expedicionario, y entre ellas figura el nombramiento al grado de Teniente general del bizarro Comandante Lefebvre, que al frente de un batallon del 99 de línea ganó tanta prez en la jornada del 18 de mayo.

El mismo diario militar publica una correspondencia particular de Méjico fechada el 28, y que reducida á su última espresion dice así:

«El Gobierno ha hecho circular los despachos siguientes del General Zaragoza:

«El enemigo, á quien persigo, ha abandonado á Amazoc el 11. Su marcha es lenta en razon á llevar numerosos convoyes...

»El enemigo ha llegado el 14 á San Agustin del Palmar, el 15 al Canadá de Istapan. Le he dejado pasar, pero he tomado todas mis disposiciones para detenerle en las Cumbres, donde hallará obstáculos insuperables. Vigilo tambien á Marquez, y he lanzado una fuerte division en su persecucion. Todo está preparado para un nuevo triunfo.»

Desde este último despacho, publicado el 20, el Gobierno ha guardado silencio. El 26 han circulado los rumores mas siniestros. Se han preso algunas personas acusadas de haberlas propagado. El 27 se ha sabido en todas las legaciones la victoria alcanzada por los franceses y la derrota del ejército mejicano. Esta noticia, que ha corrido instantáneamente por la ciudad, ha producido en ella una inmensa impresion, principalmente entre los extranjeros, á quienes Juarez abruma cada dia con nuevos impuestos.

Los despachos recibidos de Puebla anuncian que reina allí la mayor tranquilidad. La inquietud es general en



Vista de la cubierta de la fragata de hélice «Princesa de Asturias.»

Méjico. No hay ningún entusiasmo por el Gobierno de Juárez.»

Lord Palmerston recibiendo la investidura de Doctor honorario en derecho civil por la Universidad de Oxford, con motivo de la solemne conmemoración de los fundadores y favorecedores de aquel establecimiento; la próxima adjudicación de premios á los que con sus obras han contribuido al esplendor de la esposición universal; el discurso de M. Maguire, tronando en el Parlamento contra la Turquía y el acto de botar al agua en Pembroke un nuevo y hermoso navío de coraza, denominado *Príncipe Consorte*, han sido, en concepto de nuestro corresponsal, los sucesos que mas vivamente han afectado la pública atención.

El navío es un hermoso buque de 273 piés ingleses de longitud y 59 de anchura: una máquina de 1,200 caballos de potencia le hará vencer las resistencias de las olas y el viento, y su pabellon flotará al abrigo de 14 piezas rayadas ordinarias y cuatro cañones Armstrong que pueden lanzar proyectiles del peso de 120 libras. Las cúpulas que respectivamente resguardan á estas monstruosas piezas, son de hierro y han sido construidas, lo mismo que todo el buque, con arreglo á un nuevo modelo.

En las recientes cuestiones de Sérvia, Grecia, y de todas aquellas, por decirlo de una vez, en las que se halla interesado el Gobierno otomano, guarda la política inglesa una particular reserva, y aunque desde luego se echa de ver que si bien no le puede ser indiferente el clamor de la justicia, eso no obstante, procura emplear el correctivo tan solo para remediar el escándalo.

Al contestar Garibaldi á las felicitaciones con que ha sido recibido por el municipio y pueblo de Palermo, ha dicho entre otras cosas: «Hay dos hombres que no os engañarán nunca, escuchadlos. Esos dos hombres son Victor Manuel y yo. Roma y Venecia deben ser nuestras antes de poco tiempo; para alcanzar este objeto es preciso resignarnos á todos los sacrificios: la Italia debe ser una, una, una.»

Refiriéndose á la guerra del Norte América, dice un telegrama espedido en Nueva-York con fecha 26:

«Los confederados reclaman el honor de la victoria de Charleston.

El Congreso ha votado medio céntimo por libra sobre el algodón.

El Presidente Lincoln y el General Pope han ido á consultar al General Scott.

El General Mac-Clellan se apoderó sin grandes pérdidas de una posición avanzada delante de Richmond.

Los confederados resisten con energía.

Se anuncia que el General confederado Jackson ha batido al cuerpo federal de Fremont. Los Generales Banks y Schields han reunido sus fuerzas. La Cámara ha votado el bill de emisión de 150 millones de bonos del Tesoro. Se habla de modificación en el Gabinete federal. El Presidente Davis está enfermo en Raleigh y el General Bauregard en Richmond.

INTERIOR.

De la manera que se merece nos preparáramos á contestar á ciertas insinuaciones hechas por un diario francés, *La Patrie*, sobre el suceso de haberse encontrado artilleros españoles en el combate de Guadalupe.

A estas insinuaciones se nos ha anticipado á contestar el *Diario Español*, y como nada puede darse mas vigoroso que su réplica, ni mas noble que su celo por el irreprochable honor de nuestras armas, nos tomamos la libertad de reproducir sus palabras, á cuya fuerza de convicción solo una mezquina parcialidad podría resistir.

Nuestro apreciable colega dice así:

«Comenzamos por negarlo rotundamente y lo seguiremos negando en tanto que no se nos demuestre lo contrario.

Aun dado caso que en el combate de Guadalupe hubiera habido algún desertor del ejército español, ¿puede ese hecho merecer las severas apreciaciones á que *La Patrie* lo juzga acreedor? ¿Puede ser responsable de él nadie que no sea el mismo desertor, que con solo serlo ha cometido la mayor de las trasgresiones?

¿No habrá tenido, por ventura, desertores el cuerpo es-

pedicionario francés desde que está en Méjico? ¿Es acaso imposible que hubiera en Guadalupe dando fuego á esos mismos cañones de que habla, algún traidor á su patria, algún desertor de las filas francesas? ¿Podría asegurar *La Patrie* que no es posible que así hubiera sucedido?

¿Y qué diría nuestro colega si de ello se tomara pié para ciertas generalizaciones?

¿Qué ejército no tiene desertores? ¿Y se puede, porque los tenga, apreciar la conducta del que deserta y se une al enemigo en otros términos que en lo que respecta á su propia individualidad? ¿Es lícito hacer de él deducciones que tiendan á darle otra significación que la que realmente tiene?

Por fortuna, la hidalguía española es proverbial aun entre los mismos para quienes eso se escribe, y no es presumible que vean la cuestión bajo un punto de vista que esté conforme con *La Patrie*.»

Las noticias que recibimos de los adelantos que últimamente se van consiguiendo en todas las líneas de ferro-carriles que están en via de construcción, merecerían seguramente una curiosa revista.

El día 8 corrió por primera vez una locomotora de Cartagena á Palma. La máquina iba adornada de banderolas, y fué saludada con entusiasmo en todo su tránsito.

Para principios del año próximo quedará atravesado el Guadarrama por la vía férrea del Norte, pudiendo irse desde Madrid á París en 36 horas.

Se ha principiado ya la construcción del puente sobre el río Francolí, que ha de formar parte de la vía férrea de Valencia á Barcelona. Al Diario de esta ciudad dicen de Santa Coloma de Farnés, que el asunto del ramal del ferrocarril hasta el empalme adelanta rápidamente.

Nada puede compararse al placer que nos causan esas tan satisfactorias noticias, que procuraremos no acumular por ser idénticas en todos los puntos de la península.

F. M.

IMPERIO OTOMANO.

(Continuación.)

La Torre de Leandro, situada entre el Eski Serai y Escutari en la playa del Asia, esta edificada sobre un escollo que apenas sobresale del nivel del mar, y defiende la entrada del puerto con las baterías establecidas en la punta del serallo y en el barrio de Tófana, donde está el cuartel de artillería. Uno de los inconvenientes de Constantinopla, considerado como plaza de armas, es el recibir del exterior por medio de acueductos las aguas necesarias para el inmenso consumo. En la ciudad es muy escaso el número de pozos, y aun esos no suministran agua durante el verano. Las inmensas cisternas, cuya custodia y conservación estaban en otros tiempos confiadas á un cuerpo especial denominado de los *Souidchiler*, se hallan en la actualidad convertidos en establecimientos fabriles y almacenes.

Los alrededores marítimos de la capital están formados por el estrecho del Bósforo (*Canal de Constantinopla*), y por el Helesponto (*Estrecho de los Dardanelos*). Estos dos estrechos son realmente las llaves de Constantinopla, cuya posesión es una circunstancia indispensable y absoluta de la dominación turca en Europa. A pesar de eso las obras de defensa son malas en parte, y hasta ahora es muy poco lo que se ha hecho para mejorarlas y perfeccionarlas. El canal del Bósforo tiene una longitud de 29,815 metros, su mayor anchura es de 3,701 metros y la menor 599.

Allí se encuentran dos corrientes simultáneas, una que va del Mar Negro al de Mármara, y otra que marcha en sentido opuesto.

Cambian estas corrientes de puesto segun el impulso del viento. Con el del N. la primera va á lo largo de la costa de Europa y la segunda por la del Asia; con el viento S. marchan á la inversa, y en momentos de completa calma se cruzan segun los promontorios. En todos casos estas corrientes son difíciles de remontar, y es peligroso arrostrar su violencia sin piloto. El canal está protegido en toda su longitud por los fuegos cruzados de 11 fuertes y 19 baterías situadas en las dos riberas y armadas de 633 cañones y 31 morteros, con bastante localidad para 1,031 bocas de fuego. Las fortalezas están situadas en la pendiente de la orilla escarpa-

da y no tienen mas que algunas casamatas de mala construcción. Las baterías abiertas en el desfiladero, están á flor de agua, y si bien es cierto que esta circunstancia les facilita la ventaja de los fuegos rasantes, tambien es cierto que las espone á ser destruidas por la artillería de los buques, ó dominadas por el fuego de las piezas colocadas en tierra. Los fuertes de mayor importancia son: por el lado de Europa, Kila, Faranaqui, Karibdje y Roumeli-Kabak, y en la playa de Asia; Riva, Faranaqui, Poiras, Anadol-Kavak y Joucha.

El Helesponto tiene 66 kilómetros de largo, su mayor anchura es de 7,390 metros, y la menor 1,262. La corriente se dirige con una velocidad de 3,360 metros por hora desde el mar de Mármara hácia el Archipiélago, y la contracorriente va en sentido contrario durante los impetuosos vientos del Sur. La defensa exterior, se compone de los fuertes de *Sed Barkalessi* y de *Paleocastro* en Europa, y de *Koum-kalessi* en Asia. Los dos *Kalessi* son obras enteramente cerradas y acasamatadas, pero construidas á la manera turca y están precedidas de obras de tierra. *Paleocastro* está demasiado alto para poder obrar con eficacia. Los tres fuertes y las obras de tierra, reunen 168 cañones y 28 morteros. La defensa central contiene ocho puntos: en Europa el castillo ó fuerte de *Kilid-Bahr* y tres baterías, en Asia el de *Soultani-Hissar* y otras tres. Los dos castillos (*los Antiguos Dardanelos*) separados por una distancia de 1,502 metros, son obras cerradas, informes y poco menos que inútiles si en frente no se establecen baterías. Todas las que hay, exceptuando la de Maeta y la Source, son obras de tierra á flor de agua, y el total de cañones de que están armados todos los fuertes y baterías, es 299 y 16 morteros.

Hemos visto que la defensa exterior es débil; nos guardaremos de afirmar lo mismo respecto de la del centro. En este todas las baterías cruzan sus fuegos, y hay sinuosidades y corrientes que detienen al enemigo y lo entregan al fuego de las dos costas durante un trayecto de mas de 13 kilómetros.

La defensa central se enlaza inmediatamente con la interior, que se compone en Europa de las obras de *Bohalié* con 122 cañones y de *Nágara* en Asia con 33 cañones y cuatro morteros. Ambas están situadas á flor de agua y son de terrible efecto, pues abrazan una distancia de 2 174 metros. Su construcción data del 1807, y hacen que la línea interior sea la mas fuerte de las tres, sobre todo si se tiene presente lo maltratado que debe llegar el enemigo despues de haber pasado las otras dos. *Nágara* se halla situada en la estrechidad de una angosta punta que se avanza á bastante distancia en el Helesponto. Hállase esta punta, tanto por su frente como por sus costados, erizada de escollos y de bajos fondos, tanto mas peligrosos, cuanto que la corriente es sumamente rápida y mas pronunciado el recodo que forma el estrecho. Aunque la anchura de este es aquí mayor que entre los dos viejos castillos, puede decirse que por lo tocante á la navegacion, se halla reducida á una tercera parte, pues las dificultades locales, no permiten á los buques pasar de un brazo del estrecho á otro sino desfilando uno á uno. La idea de mantener ancladas sobre la punta de *Nágara* y en posición transversal á la corriente naves destinadas á la defensa del paso, es muy buena, y á beneficio de ella se aumentaría extraordinariamente la fuerza resistente de los Dardanelos. El fuego de aquellas naves seria infinitamente superior al del enemigo, maltratados ya por 670 bocas de fuego de grueso calibre no podrian desfilas sino una á una bajo el fuego de aquellas naves. De paso haremos observar que hallándose casi todas las obras defensivas, menos los cuatro fuertes ó castillos de los Dardanelos, situadas en la garganta, seria indispensable para completar la defensa, tener en ambas orillas un número suficiente de tropas que impidieran el desembarque del enemigo en algun punto fuera del canal, y el que con algunos miles de infantes pudiera tomar por la espalda todas las obras de defensa.

La enumeración de todos estos medios, por imperfecto que sea el estado en que se hallan, puede dar á entender cuántos esfuerzos serian precisos para tomar la capital habitada por una población de 600,000 almas, y defendida por un pueblo cuya energía moral se despliega particularmente en la defensa de las plazas fuertes. Por otra parte, la historia nos demuestra que Constantinopla ha resistido 18 veces á las 24 que ha sido sitiada, y tambien nos refiere que en 1453,

antes de la última conquista, la defendió el Emperador Constantino XI con menos de 10,000 combatientes y por espacio de 54 días contra un Ejército de 250,000 turcos, mandados por Mahomet II, que emplearon cuantos recursos les fueron posibles para rendirla.

La dimensión de los países que forman el Imperio otomano, no ofrece sino datos inseguros, pues nunca ha podido ser hecha hasta el presente de un modo facultativo. Otro tanto puede decirse de su población. Entre todos esos datos aproximativos, tomamos como mas razonables los verificados en 1829 por el Estado Mayor austriaco, descartando de su total los territorios que componen el reino de Grecia. Según el empadronamiento de 1830, toda la población del Imperio otomano en Europa constaba de 12.180,000, en cuyo número se distinguen cinco razas principales. La mayoría pertenece á las razas eslava y greco-latina. Los eslavos, esto es, los sérvios en la Sérvia, Herzegovina y Dalmacia turca; los bosniacos, y los montenegrinos ascienden á seis millones. Los griegos no pasan de 1.800,000, y se hallan diseminados en Tesalia, en la Baja Albania, en parte de la Macedonia, en la Rumelia (Tracia) y en la isla de Candia; además hay otros miles de griegos que viven en la Valaquia y Moldavia, cuyos hospodares, antes de la revolución de Grecia, eran siempre procedentes de familias griegas. Los skipetaros, llamados arnautes por los turcos, y albaneses por los europeos, componen una suma de 1.600,000 almas, cuya mayor parte vive en la Albania, y el resto en la Rumelia, Bulgaria y Macedonia. Los osmanlis (turcos), los dobrudji, impropriadamente llamados tátares, los fourouk y otras tribus mahometanas, pueden calcularse en unas 700,000 almas. Los válacos (Roumouni y Roumnaje) forman un número de 600,000 con la población de Moldavia y Velaquia, y muchos de ellos se hallan diseminados en las provincias interiores del imperio, principalmente en los valles del Pindo. A esas cinco razas principales hay que añadir 100,000 armenios, 200,500 judíos, que por lo regular viven en los grandes centros mercantiles, 200,000 tsiganes y 50,000 francos diseminados por todo el imperio.

La religión y el orgullo del nombre musulmán, son los vínculos de bronce que han encadenado en todo tiempo los diversos pueblos sometidos al dominio de los Sultanes. La unidad indivisible de todos los que profesan el mahometismo, es un principio profundamente consignado en la misma, y de aquí nació todo el poder de los califas, y el que sostiene á los Sultanes que en momentos dados saben utilizarlo convenientemente. Ese mismo principio es lo que mantiene al Egipto sometido como en vasallaje al poder de la Puerta Otomana.

Los osmalis, raza la menos numerosa de las cinco descritas, son los dueños del imperio, y el islamismo ó la religión de Mahoma es la dominante. Todos los demás cultos son tolerados, y todos los súbditos se hallan sometidos sin consideración de culto á unas mismas leyes. Los musulmanes, (Moslemin), en número de unos 14.000,000, incluso los de países no europeos, reconocen por Jefe al Moufti, considerado como lugarteniente del Sultan en lo concerniente á la religión y justicia civil. En la Turquía europea la mayor parte de los habitantes profesan el cristianismo, pero se hallan divididos en varias sectas. Los griegos, sérvios, gran parte de los búlgaros y bosniacos pertenecen al culto de la Iglesia griega ortodoxa, cuya cabeza es el Patriarca de Constantinopla. Muchos albaneses, bosniacos y armenios profesan el catolicismo. La Iglesia armenia, que no tiene mas que un solo Obispo, cuenta en su seno á los armenios, y finalmente, los judíos son rabinos ó caraitas.

F. M.

LOS POETAS DE LA INDIA ANTIGUA.

KALIDASA.

II.

Analizada en francés por Chezy, traducida en verso inglés por Wilson y en verso alemán por Max Müller, la elegía del *Megha-Douta* ó de la *Nube mensajera*, es familiar hace mucho tiempo á los que se ocupan de la literatura sanscrita. A pesar de ser corta, puesto que no cuenta mas que ciento trece cuartetas, es de una elegancia y corrección tales, que

los críticos indios la colocan á la altura de un lírico griego ó un elegante latino, en las *canzone* de Petrarca, en las poesías de Goethe ó las melodías de Tomás Moore. Kalidasa nos representa á esta mujer, tan buena como bella, enflaquecida por las vigiliás, sentada en su lecho de viudez, despojada de sus ricos adornos, hasta que el mensajero aéreo venga á murmurar muellemente en su oído el nombre del desterrado. El Yaksha, no menos desgraciado, cree ver esparcidos en todos los objetos de la naturaleza los rasgos de su muy amada, cuya imagen procura grabar en la roca; ahogado por sus sollozos, batiendo los aires con sus brazos para asir en ellos un vano fantasma, conversando con los vientos y los ríos, devora su propio corazón.

¿Pero existe un mortal que no experimente sin mezcla la felicidad ó el pesar? ¿La condición de las cosas humanas se asemeja á la rueda de un carro en movimiento: lo que estaba abajo se levanta y lo que estaba en alto se abate!

Su destierro debe acabar en el otoño; bien pronto su muy amada y él se reunirán, serán felices, y mucho mas que antes, recordando su triste separación: la ausencia no destruye los verdaderos afectos y la ternura aumenta, á despecho, ó mas bien en razón de los obstáculos. Un postrer adiós del génio á la *nube mensajera* termina este trozo elegiaco; los dilemas y afectación no faltan, pudiéndose notar en este punto mas de una analogía de ideas ó estilo con los *ghazels* árabes, los romances españoles y los sonetos italianos. Pero el sentimiento íntimo es allí vivo y sincero: muchos detalles están llenos de gracia y de elegancia y la dicción ha merecido á este amable y conmovedor poema el honor de ser colocado entre las producciones mas acabadas de la literatura india.

El *Koumava-Sambhava* ó el *Origen del Dios joven* es un fragmento de epopeya mitológica que se asemeja algun tanto á la *Theogonia* de Hesiodo y los *Metamorfoseos* de Ovidio. El poeta se propone contar en veintidos cantos el nacimiento milagroso y las diversas aventuras de Kartikeya, dios de la guerra; de estos cantos solo siete se han escrito, ó al menos han llegado hasta nosotros, y el héroe del poema no aparece aun. Tenia por padre al terrible Siva, uno de los miembros de la triada india, el que renueva perpetuamente el mundo por destrucciones sucesivas; por madre á Bhavani, que bajo muchos otros nombres, figura la naturaleza, tan pronto fecunda y risueña como sombría y estéril, y por hermano á Ganeza, dios de la sabiduría. La leyenda de Kartikeya recuerda algunas veces los mitos relativos á Mercurio, Apolo, Baco, Marte, en fin, á todos los dioses jóvenes del Olimpo helénico: Valmiki en el *Ramayana* le habia iniciado, Kalidasa debia desarrollarle en esta obra que, aunque interrumpida, era de gran estimación. Se ha servido en ella de *slokas*, disticos de medidas desiguales empleados hábilmente en la epopeya sanscrita. La obra ha parado en la vigésima tercera sloka del canto quinto, es decir, al tercio de la extensión que debia tener; y sin embargo, equivale á un libro de Virgilio, á dos cantos de Homero y al poema mas largo de Hesiodo. Este fragmento tiene todos los defectos comunes á los orientales, á los indios y á Kalidasa mismo: abuso de metáforas, esceso de facilidad, gusto sutil y un poco amanerado; pero se observa en él brillo y riqueza, una metafísica bastante adelantada y un maravilloso que interese.

Lo mas notable de esta obra es que el fondo está sembrado de una mitología antigua, estraña y aun feroz, mientras que la forma es elegante y culta hasta la molicié. En ella no figuran mas que dioses; pero el autor, llevando el antropomorfismo mas lejos aun que Homero y Virgilio, les presta constantemente cuerpo, lenguaje y actos humanos. Desde el principio tenemos á la vista la pintura del Himalaya que es aquí, no solamente la montaña mas alta del globo, sino una divinidad real y viva, como el monte Atlas y el río Achelous ó las ninfas Europa, Asia y Libia de la tradición greco-latina. Es poderosa y rica, se casa y tiene una hija. En los viejos sistemas religiosos de la India, nada hay mas comun que las resurrecciones, los dobles nacimientos y las encarnaciones. Así es que Sati, primera mujer de Siva, habiendo renunciado á su vida presente, ha querido renacer en el seno de Mesá, mujer del Himalaya, y renace en él efectivamente bajo el nombre de Uma ó Parvati. El nacimiento de esta virgen divina, su educación, su belleza oriental enteramente, proporcionan á Kalidasa una serie de cuadros muy pintorescos, de los que citaremos algunos rasgos llenos á la vez del color local y de la verdad universal.

«Para todos los objetos móviles é inmóviles de la naturaleza, fué un momento delicioso el del nacimiento de Uma; las playas celestiales se iluminaron; el viento no levantó el menor polvo; caracoles armoniosos resonaron en los aires; cayó una lluvia de flores. Aquella hija, deslumbradora con sus rayos, añadió á su esplendor el nombre maternal....

Apenas nacida creció, y, de día en día, desarrolló sus miembros graciosos como se ve redondearse creciendo la luna nueva... Aun cuando Himalaya tuviese mas hijos, sus ojos no podían separarse de aquella hija, como un enjambre de abejas prefiere el romero á la multitud de plantas que crecen en la primavera. Como una viva llama para un lucero, lo mismo que el Ganges para el mundo, lo que un discurso hábil para un sábio, lo mismo Uma era para su padre, gloria y ornamento. Niña aun, se complacía muchas veces en correr por las islas del río, en lanzar la pelota, en gustar, con sus compañeras, la dulzura diaria... Pasada la infancia, llegó á aquella edad, que para los cuerpos delicados es su mejor adorno, aquella edad cuya embriaguez puede igualarse solo á la del vino y que recuerda, menos las flores, el arco de Kama, dios del amor. Como un cuadro trazado por un inteligente pincel, como un loto abierto á los ardores del sol, el cuerpo de Uma, rodeado de una luz purísima, respiró toda la frescura de la juventud. Sus piés, cuyas uñas eran anchas y rosadas, parecían despedir chispas al apoyarse en el suelo, y se asemejaban á la graciosa malva inclinándose sobre su tallo. Todos los movimientos de su marcha estaban llenos de encanto... Tenia los ojos del nenúfar... Sus brazos eran mas flexibles que las ramas del *shirisha*... Sus manos, de finas estremidades, sobrepujaban en delicadeza á las hojas del *asoka*, y, por la noche, eclipsaba el esplendor del estrellado cielo. Su seno, adornado de dos globos brillantes y su collar de perlas redondas, parecían confundirse enviándose mutuamente dulces reflejos... Una flor suspendida de una rama, una piedra preciosa parecida al coral, hubieran solo podido retratar aquella pacífica sonrisa que brillaba en sus morenos labios. Cuando resonaba su voz argentina, las aves celosas gemían tristemente, como la cuerda que se hace vibrar en falso. ¿Sus ojos tan bien rasgados, sus miradas móviles como el loto azul agitado por el viento, las había arrebatado ó prestado á las gacelas?... Habiendo colocado en ella el Creador del universo cada elemento de la belleza en su justo lugar; con esmero esquisito formó aquella virgen como si hubiese deseado reunir todas las maravillas en un solo cuerpo.»

Hé aquí ciertamente una descripción completa, y mas completa aun en el texto mismo, del que la decencia moderna nos ha obligado á descartar algunas imágenes por demasiado sencillas en los detalles, tan libres como ingeniosas del Cantar de cantares. En aquellos siglos antiguos, en aquellos climas abrasadores, la humanidad se mostraba sin velos. De cualquier modo que sea, esta pintura no carece de gracia; la gracia, como la propiedad, es la cualidad dominante de Kalidasa.

Sin embargo, el rey de las montañas, Himalaya, sabe que por una rara orden del destino, su hija Uma ha sido elegida de antemano para convertirse bajo un nuevo nombre y una nueva existencia, en esposa de Siva, al que estuvo unida en otro tiempo cuando se llamaba Sati. Pero desde su viudez el sombrío dios vivió en la soledad y las austeridades, ¿cómo hacerle amar y aceptar por compañera á la ninfa encantadora? En eso estriba el nudo del poema, y hé aquí cómo le desata el autor. En aquel tiempo Taraca, génio malféfico, trataba de desposeer á los dioses del imperio celeste; estos van á pedir protección á Brahma. Su discurso solemne, lleno de antitesis y pensamientos abstractos, recuerdan ciertos trozos de los Vedas y de los himnos filosóficos de Cleanto y del falso Orfeo, de Synesio y de Gregorio de Nacianceno. ¿Qué gravedad en aquel apóstrofe, al que parece haber pasado un soplo del Génesis!

«Honor á tí, divinidad de triple forma, que antes de la creación no tenia mas que una naturaleza única; y que después se ha dividido en tres personas para manifestar mejor las tres cualidades principales: poder, inteligencia y bondad. Principio increado, su simiente se ha repartido por las aguas, y todos los objetos móviles é inmóviles han nacido de ella; celébratase como el autor de todas las cosas. Revelando tu

grandeza bajo tres aspectos, era la única causa posible de formación, de duración y de ruina. El elemento femenino y el masculino son los dos principios constitutivos de tu naturaleza, y de allí emana la propagación sucesiva de todos los seres. Tú has dividido el tiempo en día y noche; tu sueño ó tu vigilia lleva la extinción ó el renacimiento de las criaturas. Tú que no tienes ni origen ni fin, eres el fin y origen del mundo; tú existías antes de la creación y nadie existía antes de tí; tú no conoces señor y eres el Señor del Universo; tú te conoces á tí mismo; tú te has creado por tí mismo; tú te abismas en tí mismo. Tú eres el padre de los padres, el dios de los dioses..... el autor y el objeto

de la ciencia, el contemplador y el fin de la contemplación.»

Así se humillan los dioses ante Brahma y le piden un vengador: promételes uno que nacerá de Siva y de Uma; en su consecuencia, por orden divina, Xama, diosa del amor, se pone en camino, acompañada de Rati (la voluntad), su fiel esposa, y de su mejor amigo, Vasanta (la primavera). Merced á él, la selva habitada por Siva, se transforma en una selva encantada: flores, insectos, aves, todo se abre, sonríe y canta; Siva solo queda largo tiempo impasible, y continúa practicando las duras austeridades de los ascetas hindus. Pero los artificios de Xama y los encantos de Uma acaban

por turbarle; entonces, furioso de su derrota, lanza de uno de sus tres ojos torbellinos de llamas que consumen al dios del amor. Este singular mito de la combustión de Xama era muy popular: produce conmovedores desarrollos en el dolor de Rati. Un carácter culminante de la poesía sanscrita, y que la distingue de otras muchas, es que el sentimiento es profundo y apasionado, pero casi siempre natural y moral. El amor está retratado en ella con ardor y con finura, tratándose del amor de una madre ó de un hijo, de una hermana ó de un hermano, de una esposa ó de un esposo. Los lamentos de Rati sobre el cadáver de Xama son verdaderos y patéticos; el poeta prodiga en ellos unas cuantas interroga-



Crucifixion de los Mártires del cristianismo en el Japon.

ciones y antítesis; pero reparte también una sensibilidad dulce y pura.

«Herida por la desesperación, golpeando su seno, rodando por el polvo, y con los cabellos esparcidos, Rati se lamentaba, y hacía participar de su dolor á todos los campos del contorno: ¡Tu cuerpo, decía á Xama; tu cuerpo, cuya belleza despertaba el deseo, está reducido á tal estado, y yo no muero! ¡Cuán duras son las mujeres! ¡Por qué huir y abandonarme, á mí cuya existencia depende de la tuya?..... Tú nunca me has causado pena, jamás me has afligido, ¿por qué arrancarte sin motivo á los brazos de la triste Rati? ¿Te acuerdas cuando al pronunciar mi nombre me aprisionabas por la cintura y yo te pegaba con los racimos de flores que adornaban mis orejas, hasta tapar tus ojos con sus flores embalsamadas? Tu moras en mi corazón, decías; pero aquellas dulces palabras eran mentira; ¡si tú no me hubieras engañado, estaría yo todavía en el mundo, ahora que tú no tienes más que cuerpo? Puesto que tú has partido, yo se-

guiré tu camino; porque esta tierra está maldita por la muerte, y la dicha de los hombres no está sino en tí... Basta de reposo para mí: ¡cómo olvidar las caricias que me prodigabas, tu cabeza inclinada hacia la mía..... Dios del placer, mi cuerpo ha conservado aquel adorno de flores primaverales que me habías dado; pero el tuyo no existe. Los crueles dioses acaban de arrebatarte á mí, aun antes de que aquel adorno se secase..... Rati ha podido vivir un instante separada de Xama; querido esposo, aun cuando quisiera seguirte ahora, siempre tendría dolor y vergüenza de hacerlo.»

Recordemos el Orfeo de Ovidio, ó mejor aun el de Virgilio, pidiendo á grandes gritos á Euridice perdida: aquí es la esposa la que llora al esposo; pero su aflicción no es ni menos viva ni menos delicadamente expresada. Llamando á Vasanta, aquel dios tan querido de Xama, Rati le suplica encienda para ella una hoguera y está próxima á subir á ella, cuando una voz misteriosa le anuncia desde lo alto de

los aires que su esposo le será devuelto el día en que Siva, conmovido por las austeridades de Uma, consienta en unirse á ella. Ahora bien: hé aquí á Uma misma, que retirada á una colina y vestida con el traje de las religiosas hindus, se impone las privaciones más rigurosas. La recompensa no se hace esperar: aparece un Brahman joven, piadoso y hermoso que se acerca á ella, la admira, la pregunta la causa de penitencia tan dura, y sabe el secreto de su corazón. Siva, encantado (porque se habrá adivinado que era él), toma su forma divina; pero violento como Plutón al lado de Proserpina, cede á la virtud de Uma y se declara en esclavo.

Los siete sabios que ayudan á Brahma en el gobierno del mundo, encargados por Siva de ir á pedir á Himalaya la mano de su hija, llegan á Oshadiprasthe, capital del príncipe de las montañas, y muy digno de unirse á los Eldorados que se complace en retratar la poesía sanscrita: véanse allí galerías de cristal de roca, palacios soberbios, pabello-

nes de cristal, torres elevadas, bananos flotantes, jardines embalsamados, bosques espesos. Himalaya acoge perfectamente á los siete embajadores, y hay un curioso cambio de largas arengas y de cumplimientos lisonjeros; jamás se vió padre mas hospitalario ni complaciente cuando fué demandada su hija en matrimonio. Las actitudes variadas de Uma, que baja los ojos; de Mesía, su madre, deshaciéndose en lágrimas á la idea de perderla, un padre alegre y arrogante de union tan brillante, asistentes curiosos ó interesados en su dicha, componen un pequeño cuadro de un género lleno de coquetería y gracia. El término de aquellas bodas divinas se ha fijado á los tres días: la ciudad de Oshadiprastha está de fiesta, la casa de Himalaya en tumulto. Aquí tambien, Kalidasa deja escapar rasgos naturales y conmovedores que le relacionan con la familia de los Eurípides, Virgilio y Racine.

Aun cuando tuviesen una multitud de hijos, los padres de Uma concentraban entonces todos sus pensamientos en ella, como si la volvieran á ver despues de mucho tiempo, ó como si acabara de resucitar: es que iba á casarse. Del seno del uno pasó al seno de la otra: fué colmada por todos de bendiciones y presentes. El amor de su familia entera, aunque dividido en tantos miembros, volvia á ella como á un centro comun.... Su madre cogió entre sus dos dedos el polvo de oro húmedo y la tintura roja, y levantó la cabeza de Uma, de cuyas orejas pendian brillantes arillos. La señal de las ceremonias nupciales, aquel signo que queria imprimirla hacia tanto tiempo, desde el día en que los senos de la virgen comenzaron á desarrollarse, titubeaba Mesía en trazarla ahora en la frente de su hija: sus ojos estaban bañados de lágrimas.

(Se continuará).

JOSÉ LESEN Y MORENO.

SOBRE EL CARACTER PECULIAR

DE

LA NACION ESPAÑOLA (1).

Decia, entre otras cosas, al augusto Monarca Don Carlos III un ilustre y docto Consejero de Castilla:

«La nacion española, Señor, es una potencia de sobrada hidalguía; dócil; fiel; obediente, y amante de sus buenos Soberanos. Su carácter es vivo; pronto; esforzado; de mucha constancia; especulativo y penetrante: por la senda del honor, se la conduce hasta el extremo. Puesta en tiro, es capaz de todas las empresas mejores de la tierra. Traslado á las de Cortés y á las del Gran Capitán; y bien conducida, jamás cedió ni pudo ceder ante ninguna otra. Dos siglos, poco mas ó menos ha vivido sin ser batida de nadie: bríos nunca le faltan: caudillos eminentes há menester. Hasta los cartagineses y antiguos romanos la temieron. En igualdad de fuerzas, siempre batió á sus enemigos; y los batirá en cualquier tiempo, siempre que la manden Vivares, Carpios, Córdovas, Toledos, Corteses, Leybas, etc. Cada Monarca la encontró en lo que la buscó.

Los Reyes Católicos y el famoso Emperador de España y de Alemania, que quisieron juriscultos, teólogos, capitanes, estadistas y políticos, todo lo hallaron con superioridad á las demás naciones. Sus obras.... dan testimonio.

Carlos V deseó capitanes y estadistas: jamás vió la Europa un Consejo de Estado como el suyo; ni nunca hubo Príncipe que tuviese tanto número de generales insignes.

Felipe II anheló que se compusiera toda de hombres sobresalientes en las lincas del saber humano; y en todas se aventajaron sus súbditos. Dígalo, sino, el Concilio de Trento.

Felipe III quiso santos; y los altares se poblaron de ellos.

Felipe IV amó y buscó á los poetas; y el Parnaso se declaró español.

La débil complexion de Carlos II, y su fanatismo, no le permitieron pensar en nada.

El Rey padre quiso capitanes y eruditos; y en un instante se formaron de la nada, y hasta mas allá de lo que permiten los instantes.

¿Si probaran estas observaciones á V. M., de que todas las cosas penden de los buenos ó malos gobiernos?

La causa mayor y mas principal de nuestra decadencia, ha consistido en que España en los desgraciados tiempos estuvo mandada por secretarios extranjeros; pues como no ha concurrido en ellos (y casi es imposible que concurren nunca) el carácter distintivo de los españoles, les fué dificultoso poder atender á los verdaderos intereses de la Monarquía. *Erraron siempre los principios.*



Retrato del V. P. Rodriguez, misionero del Japon.

Y propuestos con equivocacion los planes á nuestros augustos Soberanos, no pudieron estos corresponder á la importante conveniencia y rectitud de su celo.

Cuando Dios quiso asistir á su pueblo con especial misericordia, prometió darle Profetas propios. Mas al contrario: cuando su Divina Magestad quiso castigarle y maldecirle, le ofreció gobiernos extranjeros. Así nos lo enseñan las divinas letras.

Todas las naciones sienten, y lo sienten con razon, ser mandadas por extranjeros; pero la española, con la funesta y continua esperiencia de sus trabajos, lo siente mas que todas. Fuera de que la grandeza de su corazon y su valor innato, la hace comprender que no la crió el cielo para ser mandada por hombres estraños, á quienes está hecha á dominar, y á quienes, por mil efectos probados, no puede conceder celo nacional, sentimientos patrióticos, interés propio, conocimiento del país, inteligencia de las leyes, noticias de las costumbres, ni igualdad de ánimo. Y si la diferencia de lenguas significa, en juicio de San Agustín, discrepancia de voluntad, no hay para qué maravillarse de esta repugnancia que en sí misma es respectiva y trascendental á todas las naciones.

Tampoco basta, en ninguna parte, que los caudillos sean nacionales, si se pone mucho cuidado en elegir á cada uno para lo que valga y haya nacido. La eleccion no tiene virtud para dar á nadie entendimiento, ciencia, accion, valor ni esperiencia. Estos son dones del cielo. Las elecciones solo suelen servir para aumentar la vanidad, la soberbia y la presuncion de los irreptos.

Un Príncipe grande, puede mas de lo que parece: una cabeza sola basta para hacer feliz á un reino, y para fundar un imperio respetable. *Omnia namque potest vigilans industria quodque natura ipsa negat ingenium.*

¿Qué significaba en el mundo el Ducado de Brandemburgo hasta que tuvo á su frente Federicos? ¿Y qué figura no ha estado haciendo y la hace hoy en el teatro de la guerra? No le bastan austriacos; deshace imperiales; derrota franceses; arruina sajones; arrolla polacos; contiene á los suecos; rinde á húngaros; allana Electores; se rie de Dietas, y resiste á moscovitas. Creo, Señor, que si no hubiese errado el golpe de Praga (que aquel golpe se le erró) ni Viena ni París estaban seguros de alojar á S. M. Prusiana.

Cuando Pedro el Czar concibió el proyecto de reducir las rústicas, bárbaras y cerriles Prusias á racionalidad, cultura, instruccion, comercio, política y economía, ¿no se rió todo el mundo á carcajada tendida? ¿Y qué es lo que sucedió? ¿Qué? Que hoy es una nacion respetada en todas líneas; y que si no por los rusos, sabe Dios si habria ido el Rey de Prusia á fijar sus reales por encima de austriacos, imperiales, húngaros, suecos, franceses, sajones y polacos.

¿Y Carlos XII cuando entró á reinar? ¿Cómo encontró las armas de Suecia? ¿Y á qué punto no la subió antes de sus últimas desgracias? Al mismo que condujo Tomás Kaulican las suyas. Lo que solo en cinco años de Pontificado hizo en Roma Sixto V, más es para admirado que para explicado. Con estos ejemplos, ¿quién habrá que se acobarde?

Tampoco olvidemos que el famoso Conde de Fuentes, General de aquellos valientes tercios españoles, desde el feliz himeneo y reinado de los Reyes Católicos, por los años de 1472 hasta el de 1645 en que fué batido por el Príncipe de Condé, nunca llegó á saber el arte de ser vencido. Veinte y cinco batallas generales dió con aquellos soldados el Gran Fernando de Toledo: veinte y cinco victorias completas obtuvo sobre cuantas naciones se le presentaron delante. Alemanes, altos y bajos, flamencos, mauritanos, franceses y portugueses, todos los rindió á sus plantas, y siempre con fuerzas muy inferiores. Los laureles y los triunfos andaban como vinculados en los estandartes de Castilla. Entre las batallas y las victorias no se aguardaba en aquella época mas noticia que la de haber tocado generala. Nuestras tropas no iban á pelear, sino á vencer. *Solo alii...* en aquella desgraciada batalla se acabó el antiguo pie de nuestra famosa infantería.

Mas estos grandes sucesos no se han visto en nacion alguna, ni se han de esperar jamás de almas pequeñas, ni aun de medianas. Piden tal elevacion de espíritu, que aun á las almas de primera magnitud les dan mucho que hacer, y les cuestan muy grandes desvelos. Una constante esperiencia de todos los siglos ha hecho conocer esta verdad delante del Universo.

La heroica alma de la inmortal Isabel de Castilla, asistida del incomparable Jimenez de Cisneros, hizo la felicidad española. El magnánimo corazon del gran Sixto V colocó á Roma en el grado mas alto de elevacion que tuvo desde que dejó de ser República. Y en su tiempo, con brillantes victorias, habia dado el ser al Estado pontificio el ínclito Cardenal Albornoz.

El sumo espíritu de Isabel de Inglaterra fundó en lo temporal la Grandeza de la Gran Bretaña. La vasta capacidad de Enrique el Grande de Francia, asistido de los consejos de Antonio Perez, echó los cimientos á la Monarquía francesa. Y el sólido juicio de Luis XIV, siguiendo el sistema del alto entendimiento de Richelieu, y acertando las sucesivas elecciones de Mazarini y de Colbert, levantó la obra hasta lo sumo.

Los historiadores latinos del tiempo mas floreciente de la República romana dejaron autenticado delante del Universo, que principalmente los cántabros eran invencibles al frio, calor y hambre: que jamás volvian la cara á sus enemigos, y que no habia nacion capaz de resistir su valor.

Cantaber invictus.

Aquel punto de honra que jamás olvidaron los cántabros, la pobreza en que se criaron, y el trabajo á que se hicieron desde la niñez, les hicieron mirar despues como descanso las fatigas de la guerra. Les representó su natraleza como superior á la de los demás hombres, y los empeñó á vencer ó morir en cualquiera lance de honor.

España, Señor, entre la gente de media edad, tiene

(1) De un manuscrito y apuntes antiguos, que no dejan de ofrecer interés en los tiempos que corremos.

hoy hombre tan eruditos, soldados, marineros, estadistas, críticos políticos y sabios, como los Generales, Ministros y escritores mas conspicuos que brillan al presente en Inglaterra, Francia, Italia, Holanda, Bélgica, Alemania y Prusia »

EL RIOJANO.

ENSAYO

SOBRE EL CARÁCTER, COSTUMBRES Y ESPÍRITU DE LAS MUJERES EN LAS DIVERSAS ÉPOCAS HISTÓRICAS.

(Continuacion.)

No es seguramente imparcialidad lo que debe buscarse en el tratado de Cornelio Agripa; pues el autor tenía en aquella época demasiado interés por complacer á la célebre Margarita de Austria, que gobernaba los Países-Bajos. Sensible es que tan mezquina circunstancia haya venido á quedar consignada como lunar en una tan bella causa. Su libro está dividido en treinta capítulos, y en cada uno de ellos se trata de probar la superioridad de la mujer por medio de pruebas teológicas, físicas, históricas, cabalísticas y morales. La Sagrada Escritura y la fábula, los historiadores y poetas, las leyes civiles y canónicas, todo paga tributo al autor para la confección de su obra; cita mas que discurre, y concluye protestando que no le impulsa ningún interés humano, sino el deber de propagar la verdad; pues una vez conocida esta, sería criminal el guardar silencio.

Los italianos, al leer esta obra, debieron considerarla como un robo que les había hecho un alemán. Mas si no pudieron jactarse del mérito de la invención, en cambio supieron indemnizarse. El Cardenal Pompeyo Colonna, los escritores Fortio, Laudo, Domenichi, Maggio, Bernardo Espina y otros muchos, escribieron á porfía sobre la perfección de la mujer. La obra que mas singularmente campea en este género es la de Rucelli, dada á luz en Venecia el 1532. Este autor se presentó en la palestra despues de los demás, y no satisfaciéndole, segun dice, el modo con que sus antecesores habían defendido una causa tan evidente, adujo nuevas pruebas, persuadido de que con ellas querlarían omnímodamente desvanecidas las dudas. Despues de copiar á Cornelio Agripa, sin dejar por eso de criticarlo, se lanza al campo de las meditaciones sublimes y se esfuerza en demostrar que la contemplación de lo bello es únicamente lo que puede hacer feliz al hombre sobre la tierra, elevándolo á la contemplación de la Divinidad.

Tal es el plan de su obra; mas en realidad no es posible explicarse la sensación que produce la lectura de una continua mezcla de teología y platonismo; el nombre de Dios, figurando en cada página con el de las mujeres célebres; Moisés puesto en paralelo con Petrarca y el Dante; citas de Homero y de San Juan, de Bocacio y San Agustín componen el extraño y discordante conjunto del libro. Nada, en nuestro concepto, pinta mejor el espíritu del siglo XVI, sobre todo en Italia, ni la candidez con que cada cual aspiraba á ser simultáneamente galán, devoto, cristiano, gentil, teólogo y filósofo. Tal vez esa rara mezcla era indispensable producto de un país en que á cada paso se encuentran ruinas de un templo de Baco al lado de una ermita; fragmentos de la estatua de un gladiador junto al ara de una cruz derruida; la efígie de San Pedro sobre una columna de Trajano, y el busto de una penitente Magdalena al par de la laureada frente de Apolo.

No es de creer, sin embargo, que el libro de Rucelli completara la obra de la conversión, pues no tardaron en tentar la misma empresa otros autores italianos, españoles y franceses.

Hablando de buena fé, es preciso confesar que entre tantas obras, hay seguramente muy pocas que merezcan la pena de ser leídas, ni en que se haya tratado de dilucidar la verdad. En todas se halla sustituida la autoridad al raciocinio, cúmulos de citas, divagaciones.... ¿Quién duda que mas que todos esos recursos, pesa una simple razón?

Creemos que para terminar esa gran cuestión de amor propio y de rivalidad entre ambos sexos, valdria mas examinar la fuerza ó la debilidad de los órganos; el género de educación de que son susceptibles; las miras de la naturaleza al crearlos; ver hasta qué punto sería posible corregir-

los ó alterarlos; si sería ó no ventajoso el poderse alejar de ellas, y finalmente, si es inevitable y forzosa la diferencia que los deberes, las ocupaciones y las costumbres deben producir en el espíritu, condición y carácter de los dos sexos.

Si se trata de cualidades del espíritu, convendría distinguir el espíritu filosófico que medita, el espíritu de memoria que compila, el espíritu de imaginación que inventa, y el espíritu político ó moral que gobierna.

Sería conveniente en seguida analizar hasta qué punto esas cuatro disposiciones intelectuales pueden convenir á las mujeres: si la debilidad natural de sus órganos, de donde resulta su belleza; si la inquietud de su carácter, que depende de su imaginación; si la multitud y variedad de sensaciones que en parte constituyen sus gracias, les permiten tener esa atención profunda y sostenida que puede combinar una larga serie de ideas; atención que se distrae de todos los objetos para no ser mas que uno solo y verlo por completo, que de una sola idea hace brotar una multitud, todas encadenadas á la primera, ó por el contrario, de un gran número de ideas diseminadas compone una idea primitiva y vasta que las concentra todas.

Raro es tener este género de talento: no lo ignoramos; pero en fin, hay muchos grandes hombres que lo han tenido. Estos son los que se han elevado á la altura de la naturaleza para conocerla; los que han demostrado al alma el origen de sus ideas; asignado á la razón sus límites, al movimiento sus leyes y al universo su marcha. Ellos son los que han creado las ciencias formando principios, y engrandecido la inteligencia humana cultivando la suya propia. Si ninguna mujer ha llegado todavía al par de esos hombres célebres, ¿será culpa de la educación ó de la naturaleza?

Descartes, ultrajado por la envidia, pero admirado por dos princesas, ponderaba el espíritu filosófico de las mujeres. No nos atrevemos á creer que su gratitud quisiera á costa de un nuevo error pagar lo que debía á la belleza. Sin duda encontraba en Isabel y en Cristina aquella docilidad que se honra de escuchar á un grande hombre, y que siguiendo la marcha de sus ideas parece asociarse á su inteligencia; tal vez encontraría en aquellas mujeres claridad, orden y método; pero ¿encontraría tambien la base del espíritu filosófico, la duda? ¿Encontraría en la mujer esa razón imparcial que marcha midiendo sus pasos y sin precipitarse nunca? Su espíritu penetrante y rápido se lanza y reposa: se arrebatada, mas bien que se esfuerza. Lo que no ha abarcado de un solo golpe de vista, ó no vuelve á mirarlo, ó lo desprecia, ó desespera de verlo. Sería por consiguiente menos admirable que las mujeres no tuviesen esa obstinada lentitud, única que indaga y descubre las grandes verdades.

La imaginación parece mas bien deber ser patrimonio suyo. Se ha observado que la de la mujer siempre tiene algo de singular y extraordinario. Todo la afecta, todo se pinta en ellas con extraordinaria viveza. Sus movibles sentidos recorren todas las cosas y les roban su imagen. Fuerzas desconocidas, relaciones secretas les transmiten rápidamente todas las impresiones. El mundo real les ofrece poco campo; se complacen en crear otro imaginario, y lo habitan y embellecen. Los espectros, los encantamientos, los prodigios, todo lo que sale del orden comun de la naturaleza es obra suya y constituye sus delicias: gozan hasta del mismo terror. Su alma se exalta y su imaginación propende constantemente al entusiasmo. Pero convendría averiguar hasta qué punto esa imaginación podría, aplicándose á las artes, desarrollar en la mujer el talento de pintar y crear; si puede ser tan vigorosa como viva ó voluble, ó si es una imaginación necesariamente acomodada á sus ocupaciones, sus gustos, sus placeres, y hasta á su misma debilidad. Sería de indagar si sus fibras mas delicadas no deben tener sensaciones fuertes que las cansen, ó impresiones dulces en que reposen. El hombre, siempre activo, se halla espuesto á las tempestades. La imaginación del poeta se nutre en la cúspide de los montes, en el borde de los volcanes, en los mares, los campos de batalla, ó en medio de las ruinas: nunca se siente mas predispuesto á las ideas voluptuosas y tiernas que despues de haber sufrido grandes sacudimientos que lo agiten. Pero las mujeres, por su vida sedentaria y blanda, no percibiendo tanto el contraste entre lo tierno y lo terrible, ¿podrían sentir y pintar, aun lo que les sea agradable, como los que puestos en situaciones contrarias, pasan rápidamente de una sensación á otra? Tal vez por la misma cos-

tumbre de entregarse á la impresión del momento, impresión que en la mujer es muy fuerte, habrá en su inteligencia mas imágenes que cuadros; tal vez su imaginación, aunque viva, se parecerá á un espejo, que si bien refleja con viveza todo lo que le presentan, nada de nuevo puede por sí mismo combinar ni reproducir.

F. M.

EL NAUFRAGO DEL RIFF.

(Continuacion.)

Otra nueva noche se hundió en el insondable abismo de los siglos. Pasó por el cénit de mi vida sin dejarme ni un recuerdo. Tal vez el sopor de la fiebre ó un sueño bienhechor vinieron á darme fuerzas; pues cuando, como á eso de la una del día siguiente, se me acercó el renegado y me dijo que me levantase para ir al Zoco, noté que, aunque bastante débil y dolorido, mi cuerpo había recobrado sus perdidos bríos. Muy pronto, sin embargo, necesité gastarlos de nuevo; porque apenas había caminado medio cuarto de legua por entre los pedriscos y zarzales de aquellos senderos incultos, mis pies se llenaron de sangre y de vejigas siéndome imposible dar un paso sin lanzar un gemido. Viéndome en tal estado, le dije á mi intérprete que suplicase al jefe de la kábila me permitiese montar en un burro; pero fueron inútiles mis ruegos; contestó: *que los borricos se cansaban con los perros cristianos*, y me fué preciso seguir marchando de aquella manera. Rendido al fin por la fatiga y el dolor, me senté sobre la cima de un montecito, desde el cual, por estar muy despejada la atmósfera, se distinguían las costas de España y las fortificaciones y población de la plaza vecina. A la vista de aquellas lejanas cordilleras, que se destacaban en el horizonte cual confusas masas de bruma, agolpáronse á mi febril imaginación las tristes memorias de mi ayer perdido, y un copioso llanto humedeció mis párpados.

Allá en lontananza residían mi hijo, mi madre, mi esposa, mis hermanos, todas mis afecciones, todo cuanto el hombre tiene de mas querido sobre la tierra, y que juzgaba muerto ya para mí. Aquí, mas cerca, se alzaban ante mis ojos, como fantasmas envueltos en carcomidos sudarios, los sombríos muros de Melilla, continuamente vomitando metralla sobre sus incivilizados vecinos y cada día menos respetados por aquellos. Veía el sitio donde había naufragado mi pobre hermano, donde pocos años antes cayó tambien, atravesada su frente por una bala, mi amado padre, y yo estaba á merced de sus asesinos.... y les demandaba compasión.... y tenía que admitir su inhumano pan.... ¡Oh! Cuanto mas me detenía en mis reflexiones, mas lúgubre colorido tomaban mis ideas. Dos ó tres veces me dieron impulsos de salvar con una carrera desesperada la distancia que me separaba de aquella fortaleza cristiana, cuyo pabellón amigo, azotado por el viento, parecía llamarme con afán; pero el doliente estado de mis piernas, y el ser aquellos terrenos desconocidos para mí, me distrajerón de tan disparatado proyecto. Tuve por fin que abandonar mi agreste asiento y continuar dando tumbos por aquel áspero camino, que bien pudiera yo apellidar el de la agonía. ¡Tan crueles tormentos me hizo sufrir! Dí vista, por último, á un gran llano, ocupado en su mayor parte por numerosos grupos de riffes, que se entregaban, recostados sobre la verde yerba, á su habitual regocijo. Los que me acompañaban se dispersaron al llegar á él, y se fueron incorporando poco á poco á alguno de aquellos grupos donde tenían conocidos, no sin saludarse antes al uso de su país, tocándose las yemas de los dedos y besándose despues cada uno los suyos con espresiva solicitud.

Dirigíme yo á uno de aquellos indígenas, que advertí chapurraba algo el español, y le pregunté si era aquella la feria. Me contestó que sí, y que pronto se presentarían mis amos con el valor de mi ajuste y me llevarían á su casa. Con efecto, á poco aparecieron aquellos dando visibles muestras de disgusto, se aproximaron al Cabo grande y le manifestaron que no se encontraba con recursos pecuniarios para comprarme; pero levantándose aquel mandarin, les respondió con enojo: que el tonto lo había dicho, y su palabra era sagrada. (Entre aquellos salvajes se considera el idiotismo como un don del cielo.) Tuvieron, pues, mal de su grado,

que buscar prestados los doscientos duros que á cada uno tocaba satisfacer, recorriendo las casas de sus deudos y amigos hasta reunirlos. Ante todo pusieron en medio de la llamada feria, y como en fianza, sus escopetas y las de sus parientes, que quedaron custodiándolas, y partieron á recoger el dinero. Cuando volvían con alguna cantidad la depositaban al lado de las armas, y espresando en alta voz lo que les faltaba para el completo de su cuota, se retiraban á buscarla.

De esta manera, y despues de muchas idas y venidas, lograron Moajam Arbesac y Maraguari reunir su parte: no así el Tonto, que no encontró quien le anticipara un solo real, por lo cual el Cabo grande dispuso que se vendieran á pública subasta dos hermosas mulas que poseía y algunas fanegas de trigo y cebada, y como el producto de su espedicion no alcanzase aun á llenar la suma exigida, le derribaron la casa, dejándolo á perecer, pues, á lo que se deja comprender, la veneración que guardan á los idiotas pierde todo su prestigio cuando median intereses.

Mientras mis improvisados señores estaban entretenidos en recoger sus armas y dar las gracias á sus fladores, se acercaron á mí algunos moros, diciéndome en mal español: que con el dinero que había costado un perro cristiano se podían comprar rebaños enteros, dándome á entender debía yo envanecerme por haber tenido un valor que ningún asno, buey ó caballo de su campo alcanzaba. Otro llegó y empezó á gritar, señalándome: *Ese estar Maroto* (D. Rafael Maroto capitaneaba por aquellos tiempos el falucho guarda-costas *La Pantera*, y era el terror del litoral rifeño), *que andar con barco suyo por costa del moro y chapar todo garrabo*, y proponían que me asesinasen con las gúntas.

Trágico, sin duda, hubiera sido el desenlace de aquel drama si no llegaran en aquel acto mis amos y deshicieran con su aspecto marcial la tempestad que empezaba á rugir. Mandáronme que les siguiese, y advirtiéndome me era imposible dar un paso, se quitó uno sus babuchas y me las hizo calzar, con lo que, á duras penas y deteniéndome á cada momento, fui siguiendo sus huellas por senderos tan escarpados y valdíos como todos los que aquel día había cruzado.

Era ya de noche cuando llegamos á la casa de Moajam Arbesac, partido de Benisicar: despidiéronse Maraguari y su familia y se retiraron, no sin haber antes encargado á mi huésped repetidas veces que tuviese gran vigilancia conmigo, porque los cristianos eran muy falsos y solían escaparse.

(Se continuará.)

JOSÉ JUAN GRANCHE.

DOÑA ELVIRA DE VILLENA,

LEYENDA CABALLERESCA

POR EL CAPITAN GRADUADO DE COMANDANTE

D. SERAFIN OLABE.

I.

(Continuacion.)

¿Qué me importa del sol bello

El destello

Y su disco abrasador,

Si es mi luz el caballero,

A quien espero

Con inextinguible amor?

¿Qué me importan los colores

De las flores

Rica gala del jardín,

Sino puedo porfumarle

Y adornarle

Con un ramo de jazmin?

¡Ah! la noche me consuela

Porque vela

En su manto de crespon,

Los objetos que en mis sueños

Halagüenos

Contemplaron mi pasión.

Y al mirar de esa corriente

Velozmente

El continuo deslizar,

También el quebranto mío,

Yo confío

Que á su fin á de llegar.

Así la niña cantó,

y mas largo el canto fuera

sino escuchara un rumor

entre la umbrosa maleza,

que la obligó avergonzada

á quitarse de la reja;

pero el mancebo emboscado,

que hemos seguido gran pieza,

fuera de sí, enagenado,

á la ventana se acerca;

echa hácia tras el embozo,

su noble semblante muestra,

y un grito de amor y júbilo

en la cámara resuena.

Elvira corre al cancel,

y cuanto los hierros dejan

de ternura á sus trasportes,

á sabor los aprovechan;

¡cuánto estorba en lances tales

el estorbo de una reja!

Mas, despues que unos instantes

dedican á mil ternezas,

que aunque mudas son mejores

que las palabras mas buenas (1),

el galán afortunado

de esta manera se espresa,

en frases interrumpidas

por sus caricias eternas.

(Se continuará.)

CURIOSIDADES.

Deber la vida y un reino á la circunstancia de haberse prolongado algo mas de lo regular una partida de ajedrez, es una coincidencia histórica que realmente no puede dejar de excitar la curiosidad.

El hecho es como sigue:

«Habiendo Mohamet VI subido al trono de Granada en 1396, mandó inmediatamente encerrar en el castillo de Salobreña á su hermano Josef, cuyos derechos acababa de atropellar. Doce años hacia que este triste príncipe vivía privado de libertad, cuando sintiéndose el opresor atacado de una enfermedad mortal, quiso asegurar el cetro en manos de su hijo, y para ese objeto comprendió que nada mejor podía hacerse que despojar de la vida al que, mediando alguna fortuita combinacion podia alguna vez reivindicar la corona.

Encargó la consumacion del atentado á uno de sus confidentes, dándole una carta concebida en estos términos:

«Alcaide de Salobreña, mi buen servidor: tan pronto como el Oficial de mis guardias Acmed-ben-Jarac te entregue la presente, mandarás cortar la cabeza á mi hermano Cid-Jusef y me la remitirás con el dador. Cuenta con tu celo.»

Cuando Ben-Jarac llegó á Salobreña, encontró al Príncipe jugando al ajedrez con el Gobernador. Ambos estaban sentados en ricos almohadones de preciosas telas de seda bordadas de oro en una estancia espléndidamente adornada; pues Josef se había sabido captar el aprecio del Alcaide, por la noble resignacion con que sobrellevaba su desgracia.

Así es que tan luego como pasó la vista por la fatal orden que le traía el mensajero, se sintió de tal manera afectado, que dejando caer sobre el tablero el pergamino en que venia escrita, dió lugar á que el Príncipe pudiera leer su contenido. Josef recibió la terrible noticia como persona preparada ya muy de antemano, y sin alterar la voz, pidió algunas horas de término para despedirse de su familia, y viendo que el mensajero no estaba dispuesto á concedérsela irguió la frente, y con impasible sonrisa, pidió que por lo menos le dejaran ganar su última partida al ajedrez.

Lo nimio del favor conmovió al mensajero, y el preso siguió moviendo tranquilamente los peones, é indicando jugadas al Alcaide que era el que en realidad parecia hallarse en el último trance.

(1) Esto á juicio del autor, piensa lector como quieras.

Josef se hallaba ya á punto de gauar la partida, cuando cubiertos de sudor y de polvo, entraron en el aposento tres caballeros que, matando caballos, como suele vulgarmente decirse, acababan de recorrer las once leguas que median entre Granada y Salobreña. Hincan respetuosamente la rodilla ante el Príncipe, y besando su mano, lo proclaman Rey por muerte del hermano. El mensajero petrificado de de espanto, vacila, pero al oír que el Gobernador manda izar banderas por el nuevo soberano, desenvaina la cimitarra preparada poco antes para cortarle la cabeza, y la esgrime en señal de que es la primera que brilla en defensa de sus legítimos derechos.

¡Nunca llega tarde quien anda con buena ventura!

F. M.

Damos el retrato del competidor de Faustino I, de aquel negro que, parodiando la forma monárquica en Haití, pensó ennoblecer ó hacer olvidar la terrible obra de Santos Louverture. Greffard, que así se llamaba el tenebroso consejero de aquel negro Rey, conservaba demasiada viva en su corazón toda la amargura de la esclavitud para no solicitar en su provecho la ruina de aquel otro esclavo coronado que la casualidad oponia á su ambicion, y que realmente no ocupaba el primer puesto sino para dar visos de solemnidad á la parodia de un bondadoso padre del pueblo.

Está demasiado reciente la memoria de estos sucesos para que nos entretengamos en referirlos.

Por medio del grabado reproducimos una de aquellas heroicas escenas que con fundado motivo han dado últimamente ocasion de inefable júbilo á la Iglesia católica. Esos intrépidos soldados de Cristo, propagando el imperio de la verdad á costa de su generosa sangre, estrechando con vínculos de amor los pueblos mas distantes, y ciñendo inmortal diadema cuando el hierro homicida traspasa sus pechos, son el mas digno asunto de noble estímulo, de gratitud y de veneracion.

La escena que ofrecemos es la crucifixion á la manera que la practican desde los tiempos mas remotos en el imperio del Japon. No traspasan con clavos los piés y manos del infeliz que estienden sobre aquel instrumento del suplicio: tal vez un refinamiento de ferocidad les hace temer que, desgarrándose con el peso del cuerpo las manos y piés del crucificado, se librara demasiado pronto del cruel tormento de la suspension. Sujétanlo á la cruz por medio de fajas de tela; fijan su cerviz contra el madero por medio de una argolla de hierro; y para inutilizar el efecto de la gravedad, hacen que los piés del suspendido reposen en una tabla que forma un reborde, y en otra establecida en igual forma en la parte correspondiente al centro del peso. De este modo, sin perjuicio de la gravedad del cuerpo, pueden prolongarse los tormentos del hambre, la sed... Por fortuna no ha llegado á tan implacable extremo la ferocidad: el hierro de una lanza, que introduciéndose por un costado sube diagonalmente á salir por el hombro opuesto, es el término de la horrible ejecucion.

Hemos visto la primera entrega de una obra con que un erudito y antiguo editor de obras religiosas, D. Primitivo Fuentes, se propone referirnos la *Historia del Cristianismo* en el Imperio, teatro de esas tremendas escenas, y tendremos una satisfaccion en saber que la lleve prósperamente á cabo.

LOS CAZADORES DE BISONTES.

CAPITULO XXIV.

Una caza de ciervos en lanchas.

(Continuacion.)

No estábamos, en efecto, mas que á 500 metros de distancia. Todos nuestros esfuerzos no habían sido hasta entonces mas que para buscar los medios de vernos libres del oso; pero el ruido de la primera cascada nos había aturdido de manera que no habíamos podido percibir el peligro sino cuando estábamos ya demasiado cerca para poder evitarlo.

Un grito de terror, lanzado por mi compañero, para advertirme el nuevo peligro, me pareció ser el eco de mi pro-

piá voz. Comprendimos lo horrible de nuestra situación, y sin hablar como de comun acuerdo, intentamos detener el barco.

Remábamos con toda nuestra fuerza, y á beneficio de ella habíamos ya conseguido mantener nuestra canoa en una especie de equilibrio; esperábamos empujarla hasta la orilla, cuando de repente experimentamos una fuerte sacudida.

Un cuerpo pesado acababa de tocar la popa, mientras que al mismo tiempo la proa se elevaba sobre el agua, y varias piñas encendidas cayeron en el fondo de la canoa. Con la luz que espidieron, nuestra vista pudo fijarse en un objeto que nos heló de espanto. El oso había afianzado sus garras en el borde de la canoa, y se podía distinguir la cabeza espantosamente fea y horrible.

Aunque nuestra débil canoa fluctuaba sobre el agua como un pedazo de corcho, y debía zozobrar bien pronto, el animal no parecía tener la intención de dejar la presa, muy al contrario, parecía dispuesto á cada instante á saltar dentro de ella.

Estábamos en inminente peligro; lo sabíamos bien, y el horror de nuestra posición paralizaba nuestras fuerzas.

De un salto nos arrojamos á la popa y por algunos segundos nos mantuvimos medio sentados y medio encorvados, sin saber que partido tomar.

¿Debíamos remar y dirigir la barca á la orilla? Esto era caer entre las garras del oso. Por otra parte no podíamos permanecer donde estábamos, porque en pocos instantes podíamos precipitarnos en la catarata. No sabíamos cual era su elevación, ninguno de nosotros la conocía. ¿Tenía 50 ó 100 metros? Fuera de ello lo que quisiese, debía ser bastante alta para echarnos al otro mundo.

Terrible era nuestra perspectiva, y se sucedían nuestros pensamientos unos á otros con inmensa rapidez. Había que tomar sin dilación un partido. Yo me echaba hácia la proa, y mientras gritaba á mi compañero que ganase la orilla, á culatazos con mi escopeta, me esforzaba á hacer retirar al enemigo de su puesto. Bien considerado todo, preferiríamos á habérnoslas con el oso sobre un terreno mas sólido.

A favor de algunos golpes vigorosamente dados en el hocico del animal, conseguí impedirle la entrada en la canoa. Dick, por su parte, había conseguido aproximarse á la orilla, cuando un crujido vino á herir nuestros oídos, y en el mismo instante mi compañero lanzó un grito que resonó en mi corazón.

En el instante dirigí una mirada hácia detrás á fin de ver lo que pasaba, Dick no tenía ya en sus manos mas que un palo corto y redondo, y reconocí en estos restos el mango de los remos. Las palas se habían hecho pedazos y flotaban á merced de la corriente.

¡Todo estaba perdido! No podíamos ya manejar la canoa; íbamos á saltar por cima de la catarata.

Pensamos entonces en arrojarnos á nado; pero era tarde: estábamos casi al nivel del precipicio, y la rápida corriente que arrastraba nuestra canoa, nos hubiera llevado también á nosotros. Nos habría sido imposible hacer mas de doce brazas antes de llegar á la caída: era, pues, muy tarde.

Los dos comprendíamos perfectamente lo horrible de nuestra posición; cada uno de nosotros conocía las sensaciones del otro. ¿No eran las mismas? No nos decíamos la menor palabra, y echados en el fondo de la barca estábamos afianzados con todas nuestras fuerzas al borde, esperando el resultado de este acontecimiento.

El oso parecía tener el mismo temor que nosotros, porque en lugar de tratar subir á la canoa, se contentaba con permanecer asido á la popa, y hasta manifestaba algunos síntomas de temor.

Las piñas continuaban ardiendo, y el fuego comenzaba á apoderarse también de la canoa. Esto era á caso lo que esperaba al oso.

Por lo que hace á nosotros, esta circunstancia no nos conmovía mucho. Era un peligro muy ínfimo en comparación de la catástrofe que nos amenazaba. Apenas habíamos hecho alto en esto, cuando nos vimos ya lanzados sobre el abismo.

La canoa fué arrojada adelante como impelida por una fuerza motriz de las mas poderosas, después se dejó oír un

crujido espantoso: creímos haber caído sobre una roca. El agua y la espuma se alzaban sobre nuestras cabezas, y un instante después, con gran sorpresa, al paso que con inmensa alegría, nos hallamos todavía vivos, sentados en la canoa que flotaba dulcemente sobre un agua tranquila.

Estábamos rodeados de la oscuridad mas profunda, por que nuestra antorcha se había apagado. Sin embargo, nuestros ojos, acostumbrándose muy pronto á las oscuridad, nos permitieron ver al oso nadando y fluctuando á poca distancia de nosotros. Afortunadamente el animal se dirigía hácia la orilla y hacia todos sus esfuerzos por alejarse de nosotros. Este salto involuntario é inesperado por encima de la cascada



Retrato de Greffard, Presidente de la república de Haití.
(Véase pág. 225.)

da, había al menos resfriado su valor, ya que no agotados enteramente sus impulsos de hostilidad contra nosotros.

Dick y yo conseguimos por fin dirigir hácia la orilla nuestra canoa medio anegada; abordamos muy pronto valiéndonos de la culata de mi escopeta y de nuestras manos, sirviendo de remos. Cuando estuvimos en tierra, amarramos nuestra embarcación á un árbol resueltos á abandonarla, puesto que nos era imposible hacerla subir por cima de la catarata.

Colgamos también nuestra caza donde los lobos no pudieran alcanzarla, después fué nuestro pensamiento regresar al puesto de la Colombia, donde llegamos por fin después de una marcha larga y penosa.

Al día siguiente por la mañana, enviamos algunas personas en busca de la caza, recomendándolas también transportar la canoa; pero nuestros emisarios hallaron la mala canoa en un estado tan deplorable, pues les pareció imposible hacerla pasar por cima de la catarata sin que se hiciese pedazos, y juzgaron lo mejor el abandonarla.

No fué este un negocio muy ventajoso para mí, pues me vi obligado á poner en manos del viejo indio Flat-Head, una fuerte cantidad para indemnizarle de la pérdida de su miserable barca.

CAPITULO XXV.

Encuentro de Ike con un Oso gris.

El relato del naturalista había terminado por una historia relativa al oso gris, y la conversación recayó naturalmente sobre esta terrible fiera, por eso nosotros escuchamos con un interés extraordinario diferentes hechos curiosos que acerca de él nos refirió.

El oso gris (*ursus ferox*) es sin contradicción el animal

salvaje mas terrible que se halla en el continente americano, sin exceptuar el jaguar y el cuguardo.

Si este animal fuese tan ágil como el oso ó el león del antiguo continente, sería tan peligroso como cualquiera de estos dos carnívoros, porque tiene toda la fuerza del primero y su ferocidad igual á la del segundo. Afortunadamente el caballo corre mas veloz que el oso gris, sin esta circunstancia, el hombre vendría á ser con frecuencia su víctima porque su velocidad ordinaria, escede á la de un buen corredor á pié. Relatos sin número, perfectamente auténticos, atestiguan el vigor de este animal terrible, y hay pocos cazadores de montañas en América, que no tengan que referir alguna aventura espantosa, cuyo desenlace ha dejado muchas veces que llorar la pérdida de algun ser humano, sacrificado á la ferocidad de un oso gris.

El oso gris es de una corpulencia enorme, han sido muertos y medidos algunos individuos de esta especie tan gruesos como los osos polares de mas volumen. Hay, sin embargo, muchas variedades en esta raza. Por término medio pesa lo menos 500 libras.

La corpulencia del oso gris es mucho mas gigantesca que la del oso negro ó blanco, tiene las orejas mas largas, los brazos mas robustos y el aspecto mas feroz. Sus colmillos son largos y agudos; pero lo que los cazadores temen mas en ese cuadrúpedo, son las armas que lleva en sus patas. Estas son por sí mismas de una dimension tal, que á menudo en el lodo se encuentran huellas del oso gris de 12 pulgadas de longitud sobre ocho de latitud; de la estremidad de estos miembros temibles salen algunas garras ó mas bien garfios, de seis pulgadas de longitud.

Entiéndase bien que hablamos aquí de los osos grises mas corpulentos.

Estas garras se estienden en forma de media luna; podrían tener una dimension mayor que la que tienen; pero generalmente el andar las desgasta una pulgada de la punta.

Este animal remueve la tierra para buscar en ellas algunas marmotas, ardillas-conejos, como tambien algunas especies de raíces alimenticias: á este hábito se atribuye el estado de sus garras, que son sin embargo bastante agudas para poder desollar un caballo ó un bison, ó para escarpelar la cabeza de un cazador, hazaña que han realizado los osos grises en varias circunstancias.

Tiene este cuadrúpedo, ordinariamente, el pelo pardo mezclado de blanco, lo que le dá ese aparente color gris del que ha sacado su nombre popular; aunque este sea el color general de la especie, se encuentran tambien numerosas variedades, los hay blancos, parduseos, rojizos y hasta casi negros. La estación influye mucho en su color. Su piel es generalmente de pelo mas largo y menos lisa que la del *ursus americanus*. Sus ojos sombríos y penetrantes, son pequeños con relacion á su enorme volumen.

El oso gris recorre una vasta extension de comarcas. Sabido es que la gran cadena de montañas rocallosas, empieza en las orillas del Océano ártico, y se prolonga al S. separando en dos divisiones el continente de la América del Norte. Por todas partes en estas montañas se encuentra el oso gris, desde su estremidad Septentrional hasta los límites en que el Rio Grande hace un recodo para desembocar en el golfo de Méjico. En los Estados-Unidos y en el Canadá, no se han visto jamás osos grises en estado salvaje. Esto no tiene nada de extraño, pues esta especie de osos no es inclinada á vivir en los países cubiertos de bosques, y estos territorios antes de la colonización tenían la superficie enteramente cubierta de árboles seculares. Es raro hallar al oso gris, como se halla al negro, de su especie, sobre los árboles de alta copa, porque se diferencia de este en que no sabe trepar á ellos.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEYtia.

Director y propietario, D. M. PÉREZ DE CASTRO.
Editor responsable, D. Jacinto Rodríguez.

MADRID: 1862.—Imp. del ATLAS, á cargo de J. Rodríguez,
calle de San Bernardino, núm. 7.